

virgenes. La Luisiana, nuevamente descubierta, no contaba aun establecimientos considerables, pues no principiaron á echarse los cimientos de Nueva Orleans hasta 1717.

Respecto á las posesiones inglesas que contenian pocos católicos, no habia mas que Maryland que contase con un escaso número de ellos, que habian ido á aquel pais con lord Baltimore y estaban bajo la direccion de jesuitas ingleses. El P. Andrés White, primer misionero enviado á Maryland en 1607, convirtió á un príncipe indio y compuso un catecismo y algunos otros escritos en lengua indígena.

ITALIA.

Visto ya el estado de la Iglesia en los países cultivados por el celo de los misioneros, dirijamos nuestras miradas á Europa. La Iglesia santa, dotada por Jesucristo de una fecundidad que conservará hasta la consumacion de los siglos, ya hemos visto cómo atrajo á la luz del cielo pueblos y razas sumidos anteriormente en las tinieblas del mahometismo y de la idolatría; el nuevo y antiguo mundo, los continentes y las islas, recorridos constantemente por los obreros apostólicos, fueron sucesivamente recibiendo los beneficios de una moral mas pura y de un culto mas conforme á la razon; los sacerdotes que habian convertido á las hordas de bárbaros que desmoronaron el imperio romano, penetrando á su vez en las regiones desconocidas de que habian salido aquellos bárbaros, convirtieron en provecho de los pueblos y gloria de la Religion los progresos de las artes que facilitan las comunicaciones de un modo tan maravilloso. Hélos ahí siguiendo las huellas de los varones apostólicos que propagaron el Evangelio en los primeros siglos por todas las regiones del mundo entonces conocido; hélos ahí, ardiendo en celo por la propagacion de la fé, avanzar hasta las estremidades del mundo para estender los límites del cristianismo, y tener la dicha, gracias á la piadosa liberalidad de los fieles, de aumentar las antiguas misiones y fundar otras nuevas. En Italia, en Roma, residencia del Vicario de Jesucristo, es en donde se halla el foco de tan admirable celo.

La Italia, en el siglo XVII, se hallaba dividida, así como en el XVI, en varios Estados

de desigual estension y poder. La Francia habia ya desistido de sus antiguos proyectos de conquista del Milanesado y reino de Nápoles, proyectos cuyos resultados le habian sido siempre funestos; empero su rivalidad con la casa de Austria, que subsistia constantemente en el mismo grado, le hacia fijar su atencion en cuanto sucedia al otro lado de los Alpes. Esta casa de Austria, tan envidiada, dominaba siempre en Italia por medio de una de sus ramificaciones, siendo dueña del Milanesado, de Nápoles y de la Sicilia. Abatir semejante rival, es decir, destruir en cuanto fuese posible la sola potencia que en union con la Francia podia sostener la sociedad cristiana y defenderla del formidable enemigo que la circunvalaba por todas partes, y que, por decirlo así, penetraba en sus entrañas; tales fueron los planes que concibió Richelieu, príncipe de la Iglesia católica, apostólica, romana; y este proyecto, como todo lo que él concebía, lo prosiguió con una constancia, actividad y vigor, que podria pasar por admirable si hubiera tenido otro objeto y no hubiera puesto en tanto peligro á la Europa y á la misma Francia por llevarlo á cabo (1). Ciertamente que no siempre fué digna de elogio la política observada por la casa de Austria; pero era la de aquella época, y para servirnos de una espresion muy de moda en nuestros dias, marchaba con su siglo, y tomaba cuanta parte le era posible en los intereses puramente materiales de la sociedad. Mas cualesquiera que hayan sido las torcidas máximas y los artificios de su política, no puede negársele que por la posición en que la Providencia la habia colocado, y á pesar de las faltas en que no habia dejado de incurrir, la casa de Austria se hallaba en Europa á la cabeza del partido católico, y era el enemigo natural de todos los enemigos de este. En Alemania podia decirse que era el baluarte de la cristiandad contra los protestantes y los mahometanos; y en tanto que refrenaba á la herejía protestante por el terror de sus armas, y estendiéndose al mismo tiempo mas allá de los confines de Italia, impedía que sus enemigos penetrasen en el mismo centro de la sociedad religiosa, sus tribunales eclesiásticos le

(1) Saint-Victor, Cuadro históric. y pint. de Paris, tomo 3, part. 2, pág. 75.

cerraban la entrada en la Península y la sofofocaban en su mismo germen apenas se atrevia á presentarse en ella. Los Papas, vigilando incesantemente sobre todo lo que ocurría en el centro del mundo cristiano, y habiendo conocido con su penetrante mirada toda la estension del mal, tenían puesta en esta régia familia sus mas lisonjeras esperanzas; y dirigiendo al mismo tiempo su atencion sobre los reyes de Francia, á quienes llamaban hijos primogénitos de la Iglesia, veían, y con mucha razon, que solo en la alianza de ambas potencias podia fundarse la salvacion de la cristiandad. Hacia esta union saludable era á donde se encaminaban todos sus deseos, y para verificarla ponían en juego todos los resortes de su política, y empleaban aquel resto de influencia que el respeto humano les concedia aun en los asuntos generales de Europa. Pero; ah! desde que la Francia estaba gobernada por máximas que sin cesar se dirigian á separar de la Religion la política, ¿cómo habia de realizarse el generoso proyecto de los Pontífices?

En la Sicilia, que como ya hemos dicho dependia del gobierno del Austria, apareció una mujer llamada sor Teresa, especie de visionaria iluminada, que llamándose cuarta persona de la Trinidad y co-redentora de los hombres, recorrió toda la isla refiriendo estas locuras; pero la prendieron en el momento que se disponía á explotar mas en grande la credulidad de la gente sencilla (1).

Mientras el Austria protegía la Religion católica por medio de sus ejércitos, Venecia con sus navios era el antemural de la cristiandad contra los turcos. Aunque decaída de su antiguo esplendor, aun conservaba aquella república algo de la consideracion que le habia dado su influencia durante tantos siglos en todos los grandes sucesos de Europa. La sabiduria de su política sabia ocultar á los ojos de sus vecinos los efectos de las pérdidas que habia sufrido; y aunque su comercio habia disminuido y la estension de sus dominios en tierra firme y en las islas habian sido cercenadas, y las guerras que habia sostenido en el interior del continente y sus expediciones

(1) Mem. para la Hist. ecl. del siglo XVIII, Introd. pág. XLII.

marítimas le habian costado inmensas sumas, á pesar de todo eso, seguía siendo siempre imponente á las naciones con su magnificencia.

En la segunda clase de las soberanías independientes figuraba la Toscana, en donde los Médicis, por la habilidad de su conducta y por el atinado uso que habian hecho de sus riquezas, llegaron al poder supremo. Los mejores príncipes no desdeñaban su alianza, y dos reinas de Francia pertenecientes á su estirpe, mezclaron su sangre con la de los Valois y la de los Borbones. Su corte era el centro de la magnificencia, de la política y del buen gusto: todas las artes hallaban proteccion en ella; y su capital, mas tranquila que la del mundo cristiano, embellecida como ella con una multitud de obras maestras, la igualaba casi por el número y belleza de sus monumentos. La Religion, tan apreciada de los Médicis, inspiró á Cosme III, gran duque de Toscana, el pensamiento de hacer ir de Francia diez y ocho religiosos trapenses, que perpetuaron en el monasterio de Buon-Solazzo el espíritu de la reforma introducida por el abate Rancé. Dos hombres á quienes las austeridades de la penitencia habian separado de las grandezas del mundo, el conde Davia, piomontés, y el conde Rosemberg, de la familia de Janson, eran los que se hallaban al frente de aquellos religiosos. Roma siguió el ejemplo dado por Cosme III, pues de allí á pocos años el Papa pidió trapenses para reformar una abadía de benedictinos, siendo Don de La Cour, uno de los sucesores del abate Rancé, el encargado de verificar aquella fundacion (1).

No se hallaba la Religion menos floreciente en los demas Estados de Italia, gobernados en forma de república como Génova, ó poseídos á título de soberanía por las casas de Saboya, Este, Gonzaga ó Farnesio. Agrupados en torno de Roma, los Estados italianos se empapaban inmediatamente de todos los afectos de que la Cátedra de San Pedro es á la vez origen tan puro como fecundo.

En esta Cátedra, centro de la unidad católica, se sentaron desde el 1630 al 1719

(1) Mem. para la Hist. ecl. del siglo XVIII, Introd. pág. XLIII.

nueve Pontífices, que llenaron de edificación á Roma con sus virtudes, al mismo tiempo que con su celo por el bien de la Iglesia, con su generosa firmeza en sostener los derechos de esta y con su actividad incansable en confundir la herejía, escitaron la admiración de toda la cristiandad. Urbano VIII, Inocencio X, Alejandro VII, tan indignamente tratado por Luis XIV; Clemente IX, bajo cuyo pontificado la hipocresía de los jansenistas hizo creer se sometían, y que murió de dolor al saber el triunfo de los mahometanos en Candia; Clemente X, Inocencio XI, Pontífice tan ejemplar, que el pueblo romano se disputó sus reliquias, pero que tuvo que sufrir tantas amarguras por sus desavenencias con la Francia, primero por lo tocante á las regalías, segundo por las franquicias de los embajadores y tercero por los cuatro famosos artículos de 1682; Alejandro VIII, que condenó estos artículos, Inocencio XII, en cuyo pontificado terminaron dichas desavenencias; y por último, Clemente XI. Estos son los nombres de los jefes de la Iglesia, que aun en las circunstancias más árdidas jamás se mostraron inferiores á su elevada misión, y que se presentan á la admiración de la posteridad con la triple distinción de la virtud, del celo y de la ciencia.

Pero ¿cómo podían estos Pontífices desfallecer bajo el peso del soberano pontificado? Todos ellos habían sido elegidos de entre los individuos del Sacro Colegio, cuyos miembros se distinguían casi todos por sus relevantes cualidades y sus conocimientos. No los nombraremos á todos; pero no podremos menos de citar, siguiendo á un escritor (1), digno apreciador del mérito, algunos de ellos que vivían á principios del siglo XVIII. El decano del Sacro Colegio era el cardenal de La-Tour d'Auvergne de Bouillon, francés, que cayó en desgracia de Luis XIV y se retiró á Roma, donde murió en 1715. El cardenal Orsini, que luego fué Papa, y que á la humildad de un religioso unía el celo de un obispo. El cardenal Nerli, florentino que era un sabio y mantenía relaciones con todos los sabios de aquella época. El cardenal Marescotti, que distribuía sus rentas en-

tre los pobres. El cardenal Barbadigo, obispo de Montefiascone, que era digno pariente del santo obispo de Pádua, muerto en opinión de santidad en 1697, y que á su piedad y celo reunía el ardiente anhelo de cumplir con todas sus obligaciones. El cardenal Petrucci, que era un prelado edificante, y acaso austero, habiendo sido acusado de quietismo, y viendo proscritas sus obras, pasó el resto de sus días en la penitencia y en un absoluto retiro. El cardenal Colloredo, penitenciario mayor, que mantenía correspondencia con Mabillon. El cardenal Negroni, que se había retirado de los negocios, y aun renunciado á las funciones del episcopado para entregarse libremente al estudio y á ejercicios de piedad. Mas adelante hablaremos del cardenal Cantelmi. El cardenal del Verme, obispo de Ferrara, que era recomendable por su celo y caridad. El cardenal Ferrari, dominico, que no había perdido las costumbres piadosas y modestas del más ferviente religioso. El cardenal Sacripante, que era el padre de los pobres. El cardenal Noris, que era considerado como lumbrera del sacro colegio, fué natural de Verona y religioso del orden de los agustinos, pasó largo tiempo enseñando la teología, adquiriendo en esta ciencia gran reputación, y no siendo menos célebre por su conocimiento en las antigüedades eclesiásticas y en las profanas. Su *Historia del pelagianismo* fué repetidas veces denunciada á la Santa Sede, pero nunca condenada. Este cardenal fué uno de los hombres más eruditos y laboriosos de su tiempo.

Roma, dice el mismo escritor (1), había tomado bajo el gobierno de tan ejemplares Pontífices el hábito de las costumbres dignas de la capital del mundo cristiano. Particularmente el pontificado de Inocencio XI, Papa piadoso, y aun austero, contribuyó á que se honrara debidamente la buena disciplina. Este buen ejemplo pasó desde la capital á las demás provincias de Italia: instituyéronse seminarios para perfeccionar la educación y los estudios eclesiásticos, y obispos ejemplares pusieron sus diócesis bajo un pie respetable. El cardenal Orsini, á quien acabamos de nombrar, llevó su piadoso celo á Manfredonia y á Cesena;

(1) *Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII. Introducción, pág. xxxviii.*

(1) *Mem. para la Hist. ecles. del sig. XVIII. Introducción, pág. xxxviii.*

elevado al arzobispado de Benevento, tuvo su virtud ocasión de figurar en un teatro más vasto. Los monumentos con que enriqueció esta ciudad son los menores beneficios que la prodigó: predicaciones frecuentes, instrucciones paternales, numerosos reglamentos, sínodos anuales, y el ejemplo de su piedad profunda, produjeron los mayores bienes en aquella diócesis. El cardenal Orsini, por afecto á su grey renunció el arzobispado de Nápoles, donde Inocencio XII deseaba tenerle por sucesor. En vista de esto fué nombrado para aquella Silla el cardenal Cantelmi, que se condujo de modo que la diócesis no tuvo sino motivos de alegrarse de semejante elección: visitaba cuidadosamente su rebaño, instruía al pueblo, reformaba los abusos, y parecía haberse propuesto por modelo al glorioso san Carlos Borromeo. El cardenal Barbadigo acababa de morir en Pádua. Su insigne piedad, su aplicación á las buenas obras, y su vida, enteramente santa y episcopal, le grangearon la admiración de sus feligreses, y posteriormente los honores de la beatificación. Dionisio Delfini, patriarca de Aquilea, reprimía los abusos y consolaba á los pobres. Marcelo Cavalieri, obispo de Gravina, reunía la piedad, la caridad y el celo. Simon Vegliani, obispo de Treviso, y posteriormente de Trivariço, es citado como excelente pastor. Francisco Verde, antiguo obispo de Vico di Sorrento, que había hecho dimisión del obispado para no ocuparse más que de su salvación, era un apreciable canonista. Daniel Scoppa, obispo de Nola, religioso edificante y prelado virtuoso, era el padre de los pobres: su vida y su muerte fueron igualmente santas. Marcos Battaglini, obispo de Nocera y luego de Cesena, trabajaba en la *Historia Eclesiástica* é instruía al clero por medio de sus escritos y á los fieles repartiéndoles libritos piadosos. Pompeyo Sarnelli, obispo de Biseglia, es autor de un gran número de libros devotos muy apreciados en Italia. El prelado Francisco Bianchini era un sabio, igualmente versado en las antigüedades eclesiásticas que en las profanas. Miguel de Amato, doctor en teología de Nápoles, individuo de la congregación de las misiones apostólicas, es conocido por sus buenas disertaciones acerca de materias eclesiásticas. B. Bacchini, benedictino del Monte-Casino, predicador famoso, sabio

de un raro mérito, escribía sobre la *Historia Eclesiástica*: el marqués Maffei se honraba de ser su discípulo. Justo Fontanini, últimamente arzobispo de Ancyra, crítico hábil, escritor laborioso, relacionado con todos los sabios nacionales y extranjeros, echaba ya los cimientos de la alta reputación que adquirió y sostuvo posteriormente por una multitud de memorias, disertaciones y cartas sobre varios puntos de erudición. Andreucci, profesor de teología en la diócesis de Pavía, ha dejado muchos tratados de esta ciencia, así como de historia, de moral y de piedad. Los jesuitas Agnelli y Bonucci eran fecundos en esta última clase de escritos. Pablo Segneri, jesuita sobrino del célebre Pablo Segneri, muerto en 1694, le imitaba en la santidad de su vida y en el celo por las misiones, y falleció en Sinigaglia, el 25 de junio de 1713, en opinión de santidad. Otro jesuita, el P. Alemanni, se distinguió por su eminente piedad. Se ha publicado su vida, y se le atribuyen milagros.

PENINSULA ESPAÑOLA Y PAISES BAJOS.

Desde Roma conduciremos al lector á los países que la Inquisición había protegido más eficazmente contra la invasión de la herejía, esto es, á esa católica península dividida entre las monarquías española y portuguesa.

La Iglesia de Portugal na la presenta que llame la atención. Ella puede gloriarse de haber producido al venerable Bartolomé de Quental, fundador de la congregación del Oratorio, muerto en 1698; al jesuita Pedro de Ancaral, que brilló por sus talentos en la universidad de Coímbra y murió en 1714; y á otro jesuita del mismo nombre que falleció en 1715 y que es recomendable por varios escritos. Por lo demás, el estado general de la Religión en aquel país era el mismo que en España.

Ni las herejías, ni las nuevas doctrinas sofocadas en su germen por la acción preventiva, y por lo mismo bienhechora de la Inquisición, no dejaban que se acumulasen sobre la Iglesia de la península las tempestades terribles que agitaban los demás puntos de la cristiandad. En tanto que el resto de Europa, desgarrado por las guerras de Religión, estaba ardiendo, la península, gracias á una política saludable que apartaba de ella los mo-

tivos de discordia, gozaba de reposo en el seno de la unidad. Semejante estado de bonanza permitía que las ciencias y las letras tomaran un admirable incremento, y es digno de notarse que su desarrollo iba en razón directa del de la Inquisición; de manera que la decadencia de los tribunales eclesiásticos trajo en pos de sí, como inmediata consecuencia, la decadencia de la civilización.

Desgraciadamente, la tranquilidad que gozaba la Iglesia de España se vió turbada por la guerra de sucesión. El duque de Anjou, discípulo, como el duque de Borgoña, de Fernelon, llamado al trono por el testamento de Carlos II, que Inocencio XII confirmó por sus disposiciones favorables á la Francia, vió disputarle aquella herencia por la casa de Austria. Su competidor el archiduque Carlos se presentó á sostener sus pretensiones acompañado de un ejército de tropas inglesas y alemanas, que profesaban los errores del protestantismo, chocando con los usos y hasta dando al traste con las costumbres españolas. De aquí resultó una división en el clero de España, que produjo alguna relajación en la disciplina: varios eclesiásticos y religiosos, particularmente catalanes, se dejaron arrastrar á acciones poco convenientes á su carácter y se señalaron particularmente por su fogosa tenacidad. De todo esto provino el enfriamiento momentáneo por lo menos, del respeto debido á la Cátedra de Pedro, ocupada en aquel momento por el pacífico Clemente XI. Hay que notar que la misma moderación de que aquel escelente Pontífice hacia alarde, colocado como estaba entre dos rivales, á quienes á la vez quería mostrarse como padre, aquella discreta dulzura, decimos, era precisamente lo que mas disgustaba á Felipe V y á Carlos III, quejándose cada uno de ellos, como de un acto de parcialidad injusta, de que el Papa reconociese á su competidor en calidad de rey de España. Clemente XI habia favorecido primeramente al duque de Anjou; pero habiéndose vengado de esta preferencia los emperadores Leopoldo y José I en los Estados de la Iglesia, no tuvo mas remedio que hacer por el bien de sus súbditos el sacrificio de sus inclinaciones y reconocer tambien al archiduque Carlos; pero manifestando que no pretendia decidir por eso los derechos de ninguno de

los dos príncipes. Semejante conducta, inspirada por una caridad verdaderamente paternal, no le reconcilió con el emperador y le indispuso con la Francia.

La dulzura de Clemente XI se manifestó tambien en otra ocasión, cuando á principios del siglo XVIII ocurrió la causa formada contra don José Fernández de Toro, obispo de Oviedo, acusado de heregia. Habiéndose incoado el proceso por el inquisidor general de España, pidió el acusado ser conducido á Roma; y habiéndolo efectivamente sido por consentimiento del rey, se vió convencido de su culpa á la terminación del proceso; por lo cual fué llevado del castillo de Sant-Angelo al palacio de Monte-Cavallo, y oyó su sentencia en 27 de julio de 1719. El obispo, lleno de arrepentimiento, abjuró en presencia del Papa y de varios cardenales y prelados; y Clemente XI, enternecido por las señales de compunción que manifestó en aquel acto solemne, le prodigó varios consuelos.

El clero secular y regular de España, que algunos acostumbra pintar como el mas rico de la cristiandad, no era muy numeroso. Asi es que los individuos del clero secular no pasaban de sesenta mil, y estaban gobernados por cincuenta y dos arzobispos ú obispos; y aunque las órdenes religiosas se habian multiplicado bastante, sin embargo, como habia muy pocos conventos en las campiñas, resultaba que los regulares de ambos sexos no escedian de setenta mil: por cuya razón, y comparativamente con otros países, sus individuos, en razón de su corto número, tenían que ser mas ricos que en otras naciones; pero aun cuando la mayor parte de los obispos y varios conventos gozasen de grandes rentas, el clero, tomado en conjunto, era menos rico que en otras partes.

En España, la virtud y la ciencia, sin distinción de cuna, solian por lo general abrirse paso al obispado: de lo que resultaba que los obispos servian comunmente de modelo á sus rebaños, en cuyo seno, tanto con el ejemplo como con las exhortaciones, mantenian el orden y la regularidad. Tomamos la pintura de este clero, tan celoso por la fé, de las *Memorias para la historia eclesiástica del siglo XVIII* (1). El piadoso y sábio cardenal

(1) *Introd.* p. cxx.

de Aguirre, dice el juicioso autor de dichas *Memorias*, acababa de morir. El cardenal Salazar, antiguo general de la orden de la Merced, obispo de Salamanca y luego de Córdoba, era un prelado lleno de piedad y aplicación á las buenas obras, gozando por tales circunstancias de una consideración general. No habia en 1704 mas que otros dos cardenales españoles, que eran el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, y el cardenal Borgia, arzobispo de Burgos. Los prelados y los demas eclesiásticos rivalizaban en celo y en piedad. Citaremos por ejemplo unos pocos: don Martin de Ascargorta, arzobispo de Granada, muerto en 1719 en olor de santidad; don Tomás Reluz, dominico, obispo de Oviedo, cuya vida se ha publicado y dá lugar á que se admiren sus conocimientos y virtudes; don Juan de Montalvan, obispo de Cádiz y últimamente de Plasencia, digno modelo de virtudes episcopales, y cuya vida tambien ha sido publicada; don Pedro de Ayala, obispo de Ávila: el P. Antonio Arbiol Diez, franciscano, teólogo, casuista, autor de varios tratados de teología y piedad, que rehusó el obispado de Ciudad-Rodrigo: Juan de Ayala, del orden de la Redención de cautivos, escritor modesto y piadoso, predicador célebre, que ha dejado escritas varias obras de historia, de crítica y teología: don Juan de Ferreras, cura de Madrid, que alcanzó gran consideración por sus conocimientos, talentos y cualidades, y no admitió el obispado de Zamora: José Casani, jesuita, autor de varias *Vidas de Santos* etc.

En el número de hombres piadosos y doctos que hacian honor al clero español, debemos señalar particularmente dos personajes de un mérito eminente: estos son, Luis Antonio de Belluga de Moncada, y Francisco de Posadas. El primero, oriundo de una antigua familia, fundó la congregación de San Felipe Neri en España, fué nombrado obispo de Cartagena, se mostró muy celoso por los intereses de Felipe V, pero mucho mas aún por los de los pobres. Sus trabajos y virtudes, su celo en defender los derechos de la Iglesia, los establecimientos piadosos y de beneficencia que fundó en su diócesis, y sus numerosos escritos sobre teología y materias eclesiásticas, le dieron á conocer y respetar en España

y en Roma. Asi es que Clemente XI le elevó al cardenalato sin mas recomendación que su mérito. El P. Posadas, si no adquirió tanto lustre por sus dignidades, no cede en cuanto á la elevada santidad de su vida. Habiendo profesado en la orden de los dominicos, se consagró enteramente á la piedad y al estudio, adquiriendo gran renombre como predicador y recogiendo en este ministerio óptimos frutos. No se pudo conseguir que aceptara el obispado de Ciudad-Rodrigo. De todas partes acudian consultándole, y ni el cardenal Belluga, ni el cardenal Salazar hacian nada sin pedirle su dictámen. Este venerable varon murió en Córdoba en 1720, despues de haber pasado enteramente su vida en ejercicios de penitencia y obras de celo y caridad. La opinión pública le canonizó ya en aquel tiempo, y por orden de la Santa Sede se principiaron á instruir diligencias para su beatificación. Quedan de él varias obras de piedad y su Vida fué escrita por un religioso de su mismo orden.

La Religión contaba asimismo en los Países-Bajos españoles con obispos y escritores notables. Mientras la Holanda, seducida por el protestantismo, sacudía el yugo de la Iglesia y de la España, los Países-Bajos, permaneciéndoles fieles, atestiguaban con una multitud de fundaciones piadosas su adhesión á la fé. El clero seguía el modelo de sus prelados: á su frente se hallaba en 1704 Humberto Guillermo de Precipiano de Soye, natural del Franco Condado, primeramente obispo de Bruges y luego arzobispo de Malinas, que tuvo que deplorar en su diócesis los estragos de una guerra terrible y los desórdenes del jansenismo, y fué un prelado de tanta piedad como celo, y tan caritativo como vigilante. Tambien fué un prelado ejemplar Reginaldo Cools, obispo de Amberes, en cuya ciudad se estaba formando entonces la docta colección denominada *Acta Sanctorum*, principiada por el jesuita Bollando, continuada por el P. Papebroch, que murió en 1714, y por el P. Baer, y dirigida despues por los PP. Sollier y Van-der-Bosch. En la universidad de Lovaina, tan famosa por los servicios prestados á la Religión, se habia conservado el buen gusto de los estudios y la adhesión á la Santa Sede. El teólogo Steyaert, que escribió contra el jansenismo, y el canonista Van-Espen, que tuvo